

Reseña de / Book Review of: Tessi Catepillán, Tomás e Ignacio Álamos Cardemil, *Mapurbes y otros géneros en Santiago de Chile (1750-1800)*, Rosario, Prohistoria ediciones, 2022, ISBN 978-987-809-038-2, 120 pp.

Rodolfo Reyes Macaya

Sorbonne Université – CLEA, Francia

rodolfo.rm1@gmail.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9889-203X>

Este libro estudia la historia de la población indígena urbana en Santiago de Chile durante la segunda mitad del siglo XVIII. En su breve extensión, conforma una reconstrucción histórica documentada de la capital de la Capitanía general de Chile. Una de sus ideas centrales considera que existe una importante representación demográfica indígena mucho antes de la migración campo-ciudad desarrollada en el periodo republicano (siglos XIX y XX). Los grupos numerosos y diversos de indios e indias que habitaron dicho centro urbano en el siglo XVIII actuaron como sostenedores de la economía y de la sociedad santiaguina. Aquí, se encuentran ecos de los estudios de Gabriel Salazar, Jimena Obregón, Hugo Contreras, Jaime Valenzuela, cuidadosamente citados, entre otros trabajos historiográficos sobre migraciones forzadas, indígenas urbanos e historia social en el Chile colonial.

La obra es una reedición parcial del libro *Población indígena en el Santiago colonial: fines del siglo XVIII* por Juan Colivoro (2012) –seudónimo de Tomás Catepillán– e Ignacio Álamos, publicado con apoyo del Fondart Regional, del Gobierno de Chile. Catepillán es un historiador que ha destacado en los últimos años por recuperar fuentes y por desarrollar un estudio sistemático de las transformaciones de las categorías sociales coloniales y Republicanas en Chiloé (Catepillán 2019). Álamos es antropólogo y actualmente se desempeña en labores relacionadas con la arqueología en Santiago de Chile. Si la versión de 2012 de este libro tenía seis capítulos que combinaban historia y arqueología, además de un anexo documental e iconográfico, su reedición parcial deja de lado la parte arqueológica y se concentra en la sección histórica.

El periodo estudiado corresponde a la segunda mitad del siglo XVIII, tiempo de transformaciones en el que la Monarquía católica impulsa reformas, las encomiendas han ido desapareciendo, los pueblos de indios experimentan un declive y la categoría «mestizo» incrementa su uso como nunca antes. Aun así, hay un conjunto considerable de personas autodenominadas y categorizadas como indias en tal periodo, quienes habitan en los mundos urbanos y rurales, y que habían permanecido casi invisibles durante los relatos históricos de los siglos XIX y XX debido al discurso del mestizaje. La «visibilización» de esta población en Chile, como señalan sus autores, experimentó un aumento notorio a partir de la década de 1990 (11).

Este estudio desarrolla una metodología de archivo, analizando casos y trayectorias de individuos categorizados como indios por la administración colonial. Sin embargo, en los claroscuros de las categorías coloniales, emergen realidades y fantasmagorías que se analizan y evidencian, siendo este uno de sus aspectos más interesantes y originales. Se utiliza el término indio en conformidad con su uso colonial, sin comillas, «como una categoría más política y jurídica que étnica» (12). La palabra indígena, considerada como un vocablo con matices eufemísticos que se adoptó en Hispanoamérica durante el siglo XIX, es empleada en sus páginas como sinónimo de indio, por motivos más operativos que epistémicos. Se comprueba el uso estratégico de la clasificación por parte de los actores. Cabe destacar el carácter mudable de la calidad de las personas: «Recordemos a Candelaria Santibáñez, [...], quien declaró ser india el 17 de marzo de 1798, y española el 23 del mismo mes

y año» (55). Así, se encuentran casos en que individuos pasan de ser mulatos a ser indios, porque los indios podían ser encomendados, pero no esclavizados (64) o casos en los que personas optan por definirse como mulatos libres en lugar de indios para escapar de la jurisdicción del Coadjutor de los Naturales (65).

A diferencia de lo que sucede en el presente en Chile, en el que el nombre (como marcador étnico) es uno de los aspectos centrales de la identidad indígena, durante el periodo colonial, la mayoría de los individuos calificados como indios en los registros parroquiales tuvieron apellidos españoles y nombres de la tradición hispana, «adecuados para el bautismo» (52); lo que, al parecer, habría facilitado el tránsito desde una identidad a otra. Aun así, una pequeña porción de apellidos persistió en sus características más notoriamente indígenas, indicando etnónimos y/o topónimos, ya sea relacionados con la Araucanía histórica, los Andes Centrales o con los reinos aimara del área próxima del lago Titicaca.

El título hace alusión al vocablo «mapurbe» acuñado por el poeta David Aníñir, conformado a partir de la contracción de las palabras mapuche y urbano (Aníñir 2009), estableciendo así una analogía entre las ambigüedades y contradicciones de los indios urbanos del pasado con los del presente. Sin embargo, sus autores advierten que no es igual el proceso de «mapuchización» en los blocks de Santiago de Chile y reemergencia étnica desarrollado en la última década del siglo XX, al proceso en que personas defendieron su calidad de indios en la segunda mitad del siglo XVIII, siendo el trasfondo jurídico y político de la Monarquía católica una base de referencias completamente diferente al horizonte democrático y multicultural progresista de la década de 1990.

Tal como se ha indicado, este estudio posee cuatro capítulos. En el primero se analiza la bibliografía de la población indígena en el período tardo colonial y las publicaciones que han estudiado a los indígenas habitantes del radio urbano de Santiago de Chile. El segundo capítulo corresponde a un estudio demográfico de los santiaguinos que fueron definidos como indios a fines del siglo XVIII. Sus tablas y representaciones gráficas de datos son útiles en cuanto ofrecen una articulación demográfica que hace visible a los indígenas urbanos en el periodo; método caro a la historia social. El tercer capítulo estudia el rostro humano y las trayectorias biográficas de la presencia indígena: migrantes voluntarios y forzados, indios artesanos, sirvientes, esclavos; aquellos que nacieron en la ciudad y aquellos que llegaron a ella en busca de trabajo, o bien secuestrados en la frontera de guerra meridional. Este es el capítulo más logrado por cuanto a que capta la imaginación del lector con un tratamiento riguroso y crítico de los datos.

El cuarto capítulo está dedicado a los embajadores, tramitadores y colegiales mapuches que habitaron Santiago; demostrando la constante afluencia de representantes de los núcleos políticos mapuches no sometidos al valle del Mapocho, en el marco de las prácticas diplomáticas sostenidas entre los representantes del rey y los representantes del espacio refractario a la jurisdicción de la Monarquía católica, a quienes Catepillán y Álamos conceptualizan como «mapuche soberanos» (13, 47, 55, 67, 73, 83, 84, 95). Así, se analizan los casos de los parlamentos hispano-mapuches celebrados en Santiago, las visitas circunstanciales de ulmenes procedentes de ultra Biobío y los estudiantes mapuches, hijos de caciques, que eran pensionados para estudiar en la ciudad y convertirse en funcionarios mediadores en la frontera de guerra.

La conclusión del libro operaría como un quinto capítulo en el que se exploran dos casos especialmente llamativos y significativos: el viaje a la corte española de Agustín Vilcarán, presunto príncipe de los Altos de Arica, y, en segundo lugar, el terror de los vecinos de Santiago ante hipotéticas invasiones «fantasmas» de indios desde los boquetes de la cordillera de los Andes durante las rebeliones indígenas, un fenómeno asociado al imaginario del periodo. El caso del noble Vilcarán es notable y recuerda a los casos tratados en el estudio de Éric Taladoire (2017). Vilcarán, ex alumno del colegio de naturales de Santiago de Chile, en 1789 residía en Madrid. Cuidaba sus relaciones con la corte para defender sus derechos y heredar un cacicazgo en su reino de origen. Tras una estadía cortesana y numerosos trámites, el rey expidió una cédula real a su nombre, que fue enviada a la Audiencia de Santiago (111-113). Sin embargo, el desconcierto de los funcionarios coloniales

locales fue enorme al tratar de ubicar las provincias en el mapa: Sucuruma, Putiri, Pachama, Veles, Llivirja, Tirnama, Cotoa, Camarones y Sajama. ¿Se trataba de provincias imaginarias? ¿Estaban en otra jurisdicción distinta de las Indias? Mientras tanto, en la metrópoli del imperio se ignoraba el paradero de Vilcarán, el burlador del rey, quien había vivido los sabores y sinsabores de un indio noble, tal vez siendo un plebeyo.

La alarma en la población santiaguina ante un eventual levantamiento indígena cierra el libro. Estos son elementos de una larga memoria retrotraída a los periodos de la fundación en el siglo XVI, cuando esta fue sitiada por los denominados «promaucaes». El miedo se apoderó de Santiago durante los levantamientos en la frontera de 1723 y 1766-1770. El hecho de que tales rebeliones afectaran a la frontera de guerra, a más de 600 kilómetros al sur, no frenó la alarma de los vecinos del valle del Mapocho. La súbita inversión del orden y la destrucción de la cristiandad, por las fuerzas que sostienen su estructura social y económica, podría haber sido una manifestación de las mentalidades del periodo. La fobia a la alteridad de las élites es notable, y emerge con los visos de un terror atávico que, sin embargo, se puede historiar para conocer la operatividad de las identidades, representaciones e imaginarios en la vida social urbana.

Los repositorios documentales consultados son diversos y pertinentes. En primer lugar, fue explorado el Archivo Arzobispal de Santiago de Chile, y dentro de este, el fondo Parroquial. En segundo lugar, el Archivo General de Indias de Sevilla, sección Gobierno, subsección Chile. Sin lugar a dudas el que aporta una mayor cantidad de documentos, fue el Archivo Nacional Histórico de Chile. De este último, fueron consultados las siguientes agrupaciones documentales: fondo Capitanía General, fondo Claudio Gay, fondo Escribanos de Santiago, fondo Antiguo, fondo Varios y fondo Real Audiencia. Entre las imágenes presentes cabe destacar las dos aguadas de José del Pozo, el pintor de la expedición Malaspina, quien las realizó a partir de los dibujos de Fernando Brambila. Tales imágenes fueron empleadas en el libro para ilustrar el Santiago de Chile del siglo XVIII; así como las reproducciones facsimilares presentes en la obra se inscriben en el género historiográfico para apuntalar la veracidad documental de la investigación.

Este libro es tan notable como breve. Tiene el acierto de emplear un registro ameno que vuelve porosos los límites entre lo divulgativo y lo académico. El lector queda maravillado al sumergirse en el pasado con rigor e imaginación. De todas maneras, el tándem Catepillán y Álamos da muestra de un manejo del oficio del historiador a través del estudio metódico, paciente y crítico del pasado histórico en la formulación de un aporte a los estudios sobre las poblaciones indígenas urbanas en la América hispana del siglo XVIII.

Referencias bibliográficas

- Aniñir, David. 2009. *Mapurbe, venganza a raíz*. Santiago de Chile: Pehuén editores.
- Catepillán, Tomás. 2019 «Sobre un gentilicio frustrado: el Piuco en la historia decimonónica de Chiloé». *Magallania* 47 (1): 65-81. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442019000100065>.
- Colivoro, Juan e Ignacio Álamos. 2012. *Población indígena en el Santiago colonial: fines del siglo XVII*. Santiago de Chile: Ediciones del Mate.
- Taladoire, Éric. 2017. *De América a Europa. Cuando los indígenas descubrieron el Nuevo Mundo (1492-1892)*. México: Fondo de Cultura Económica.